



ENTREVISTA

Juan S. Pérez Garzón, catedrático de Historia en la UCLM Sisinio vuelve

Alfonso G. Calero

P.-Cómo ves CLM después de casi diez años que volviste al CSIC?

R.-Lo más llamativo precisamente de esta Región está en su Universidad. Constituyó quizá el primer gran proyecto como Comunidad Autónoma, cuando en mayo de 1983 celebró sus primeras elecciones al autogobierno y era la única Región sin universidad, que vivía intelectualmente a expensas de otros distritos académicos. Aquello, que al inicio de los noventa era ya una realidad, hoy asombra en varios aspectos: ante todo en los más de mil profesores que forman una comunidad científica con numerosos proyectos de investigación, tan útiles para el futuro de la sociedad en su conjunto, como prestigiosos en su calidad, rigor y actualidad. Y esto es así tanto en ciencias básicas, experimentales y tecnológicas, como en los saberes sociales y humanísticos. Por supuesto, que el soporte de esta comunidad científica son los más de 30.000 jóvenes que cimentan con su formación el futuro de desarrollo y progreso de toda la Región. Además de esta novedad, veo en Castilla-La Mancha rasgos bastante normalizados con el resto de España: ya no se trata de poblaciones agrarias, sino de economías sintonizadas con las exigencias del mercado europeo y con los retos de competitividad y productividad de una Región cada vez más insertada en los circuitos de internacionalización social y cultural. No obstante, quedan trechos por recorrer en este rápido y urgente camino de modernización, pero quizás sean los mismos que afectan a importantes zonas de España.



P.-¿Cómo crees que ha cambiado la UCLM en estos años?

R.-Sobre todo en calidad. Claro que se suele decir que de la cantidad surge la calidad. Pues bien, el ritmo de organización de la Universidad se ha llevado con tal equilibrio y tino que la expansión de carreras y de campus arroja hoy cifras homologables

con cualquier universidad, incluso con mejor y mayor oferta que otras muchas. Pero sobre todo da unos índices de calidad bastante aceptables en el sistema educativo, en la investigación y en los recursos puestos a disposición de los alumnos. Quizás en esto quede mucho camino por recorrer, mucho, pero tanto como queda por recorrer en la Complutense, por ejemplo, o en cualquier otra. En España estamos situados muy por debajo de la media europea en recursos dedicados a la ciencia, la investigación y la tecnología, y sin duda la universidad debe ser el catalizador del mayor porcentaje de programas de investigación. Es lo lógico, y así ocurre en los países avanzados, sin olvidar, por supuesto, el papel de las iniciativas privadas. Estos son los retos más urgentes, pero, insisto, son los mismos que afectan a las universidades de Galicia, Andalucía, Comunidad Valenciana o Madrid...

P.-¿Qué sentido tiene la historia local y regional y cómo se articula con una visión universal, no excluyente?

R.-Hay numerosas teorizaciones sobre el valor de la historia local. En resumen se pueden sintetizar en dos dimensio-

RESUMEN:

Alejado físicamente de Castilla-La Mancha desde su sorprendente cese como consejero de Cultura en 1993, aunque en absoluto desinformado sobre ella, Sisinio vuelve. El pasado mes de enero acaba de obtener la plaza de catedrático de Historia contemporánea en la Facultad de Letras de la UCLM, en Ciudad Real. En estos años Sisinio ha continuado en su tarea como profesor de investigación en el CSIC, ha dirigido numerosas tesis, proyectos de investigación y pronunciado conferencias en toda España y fuera de ella. Fruto de sus trabajos sobre la génesis del nacionalismo español y de la configuración del Estado es el reciente libro colectivo (que él ha coordinado) *La gestión de la memoria* (cuya crítica puede leerse en este mismo número de Añil). En esta entrevista Sisinio, vinculado anímicamente al grupo que edita esta revista, repasa algunas de sus obsesiones como historiador y como observador de la realidad nacional y regional.

nes: las historias locales y regionales constituyen la vía para recomponer el enorme puzzle del pasado, y simultáneamente son la fórmula metodológica para desentrañar los mecanismos concretos de la vida de las personas, vistos de cerca, en su cotidianidad y espacios de sociabilidad, en cada macro proceso. Se podría asimilar, en parte, sólo en parte, a la microhistoria como recurso para profundizar en esos datos aparentemente normales de la vida, en esos personajes cotidianos que son los que hacen la historia día a día, para así conocer mejor los mecanismos de las relaciones sociales. Sobre todo las relaciones de poder. La historia ha sido y es una constante historia de poder o de poderes, de quienes lo gozan y ejercen y de quienes lo sufren y están excluidos. Eso se constata mejor a nivel local. Por ahí es por donde la historia local puede ser el mejor cauce para desplegar una conciencia crítica. Para formar, por tanto, una identidad plural, a sabiendas de que todas las identidades son creaciones sociales, con una fuerte impronta desde el poder de cada época. Así, la historia regional tendría el compromiso de derribar tópicos sobre las identidades heredadas, pero también el reto de asumir las formas de socialización propias de cada cultura para abrirlas a las novedades inherentes a la historia. Si estamos contruidos en el tiempo, ninguna identidad es para toda la vida, ninguna identidad es eterna, ni la castellana, ni la española ni la europea. Además, cuando en España tenemos la urgencia de establecer nuevas formas de comprensión y convivencia con los que son diferentes —sean magrebíes, ecuatorianos o eslavos—, nuestras identidades regionales tienen que abrirse no sólo a la realidad plurinacional interna (con vascos, catalanes y gallegos), sino a la nueva situación pluricultural de la inmigración creciente.

P.-¿Cómo está la historiografía en CLM, quince años después del I Congreso de Historia? ¿Crees que aquella experiencia puede y debe repetirse?

R.-Con sinceridad, sin triunfalismo diplomático para mis actuales colegas de la Facultad de Letras, creo que el tirón historiográfico es exponencial. El grupo pionero que organizó los estudios de historia ha desplegado una tarea que siempre deberemos agradecer, y en la que ha destacado desde la fundación de la Facultad la constancia y dedicación del prof. Isidro Sánchez. Por eso, cuando se celebró el primer Congreso de Historia de CLM hubiera sido impensable alcanzar tan rápido el nivel de investigación, de publicaciones y de alumnos hoy existente. Aquel Congreso cumplió una finalidad: poner a punto todo lo que se sabía, desde la Prehistoria hasta el Presente, sobre las cinco provincias que se acababan de constituir en Comunidad Autónoma por primera vez en su historia. Cumplió el objetivo con creces: la publicación de sus actas sigue siendo un referente historiográfico imprescindible, como ocurrió en el País Valenciano o en Andalucía, con similares congresos. Pero creo que hoy ya sería prácticamente imposible acometer una tarea similar. Es tanto lo que se ha investigado, es tan amplia la comunidad historiográfica, que ya es obligatorio celebrar congresos especializados. Son los únicos a estas alturas rentables profesional y científicamente. Ahí están, por ejemplo, los dos enormes volúmenes editados como resultado del Congreso sobre Órdenes Militares. Es la prueba de lo que digo: sólo las Órdenes Militares congregan a decenas de especialistas, con un alto porcentaje de calidad, y con innumerables investigaciones realizadas o en marcha. Soy partidario de congresos por temas o por épocas, pero ya no cabe abarcar desde la Prehistoria al Presente, porque, para eso, ya están los manuales de síntesis que también existen y son importantes, sobre todo los impulsados por el prof. Isidro Sánchez para la historia contemporánea.

P.-Los peligros del nacionalismo excluyente planteados en vuestro último libro ¿están presentes en CLM? ¿A qué otros problemas debemos enfrentarnos?

R.-No de modo explícito. Pero sí de modo latente. En Castilla-La Mancha no existe un nacionalismo autónomo, es el nacionalismo español el dominante en la mentalidad ciudadana de Toledo, Guadalajara, Albacete, Cuenca o Ciudad Real. No se reconocen como tales nacionalistas, pero se da por supuesto que España es algo intocable, que ha existido siempre y que nuestras Castillas y nuestra Mancha forman parte incuestionable de esa realidad eterna que se pierde en siglos remotos. Además, se da por supuesto que nuestras tierras se forjaron en la lucha contra “el moro”, contra “el infiel”, y ahí tenemos esa losa del peso de las Órdenes Militares que no las estudiamos como formas de opresión del pueblo en el pasado, sino como precedentes de nuestra actual identidad. El nacionalismo encierra muchas contradicciones. Por un lado queremos enseñar un presente de valores democráticos, pero, por otro lado, nos enorgullecemos de un pasado autoritario con reyes absolutistas y arbitrarios como Felipe II, de señores feudales como los grandes maestros de las órdenes militares o de exclusiones como la derrota en Alarcos de los hispanomusulmanes. Y aquí creo que está el reto más urgente al que enfrentarse en España y en nuestra Región: ¿cómo enseñar la historia para desplegar valores de comprensión de los “otros”, de aceptación de las diferencias religiosas, culturales, idiomáticas, etc.? Y sobre todo para mostrar cómo la historia se ha construido sobre la exclusión de la mitad del género humano, sin contar con las mujeres, y si queremos construir un futuro de igualdad, hay que empezar a romper con las inercias del pasado en todos los ámbitos. En definitiva, la historia se ha hecho a golpe de ejércitos y de exclusiones, de autoritarismo y de opresión, es cierto, pero el paso primero para evitar futuras exclusiones y opresiones, el primer paso para construir una sociedad de personas iguales y libres, debe ser conocer cómo se forjó este presente, y que además no tuvo necesariamente que ser así. Siempre encontramos voces en el pasado que son disidentes. Es el caso del federalismo, una alternativa soterrada y marginada por tantas conmemoraciones como se organizan desde los poderes políticos oficiales. ¿Por qué se conmemora tanto a Carlos V, a Cánovas, a Sagasta, y no hay ni una calle ni conmemoración a Jefes del Estado tan españoles, por lo menos, como los reyes, de forman que apenas forman parte del imaginario ciudadano los nombres de Pi y Margall y Salmerón, o Alcalá Zamora y Azaña? La monarquía se ha convertido en el referente de identidad de lo español, con lo que significa de centralismo y de poder único central, frente al federalismo como posibilidad democrática desde abajo.

P.-¿Es posible llegar pacíficamente a una España federal? ¿Qué costes tendría, qué ganaríamos, o qué perderíamos en CLM?

R.-Todo es posible por la vía del diálogo, por algo nuestra democracia es “parlamentaria”, esto es, de negociación y acuerdo mediante el “parlamento”, el habla, el razonamiento, y en este sentido, ahora que tenemos la trágica losa de ETA en nuestra sociedad, habría que potenciar mucho más el peso del Parlamento, del Congreso y del Senado. El Senado es una institución mortecina e inercial, sin más tareas que las de caja de resonancia del ejecutivo o del partido que tiene la mayoría. No nos tenemos que inventar nada. Los Estados Unidos, con todos los defectos que sabemos, son la democracia más anti-



Foto: Álvaro García (La Razón)

gua del planeta y tienen un Senado activo y federal. Alemania, también. ¿Por qué tenemos que empeñarnos en formas de centralismo vergonzante, cuando el federalismo es una forma de alcanzar la unidad desde la conciencia democrática y participativa de todos? En efecto, el federalismo tiene tanta tradición en nuestra historia, o más, que el centralismo españolista. De hecho, el título VIII de nuestra Constitución no lo votaron los que hoy forman el Partido Popular, porque lo veían como una forma camuflada de federalismo. Y en la práctica, el Estado de las Autonomías se puede considerar como un federalismo *light*, no explícito, desigual. Por eso, saldríamos ganando con un federalismo abierto y rotundo, donde cada pueblo de esa España a la que algunos se les llena la boca llamándola “crisol de pueblos”, fuera realidad que, en efecto, esos

pueblos negociaran entre sí con igualdad, y también reconociendo las diferencias. Por supuesto que todo esto hay que “parlamentarlo”, y es urgente hacerlo. Los Estados centrales deben tener otras funciones en este momento de la Unión Europea, y sobre todo los gobernantes de Madrid se tiene que cambiar los hábitos de decretar y mandar por los de coordinar y armonizar.

Por lo que se refiere a Castilla-La Mancha, el razonamiento más adecuado es que no perdería nada con el federalismo, mientras que ganaría, como todos, en claridad en las relaciones con el resto de gobiernos autónomos y con el poder del Estado, porque no habría tantos conflictos solapados como ahora, y todos tendrían además el Senado como punto de coordinación y equilibrio político. ■